Intervención de Yulia Navalnaya

Querido presidente Aznar y queridos amigos. Gracias por escogerme para recibir el premio de la libertad. Es un gran honor para mí; de hecho, es un doble honor recibir este premio y compartirlo con dos mujeres tan valientes y extraordinarias, que son líderes de la sociedad civil y que estaban aquí, en este escenario, a mi lado hace un momento.

Estoy un poco nerviosa porque tengo que hablar la primera, pero al mismo tiempo me siento bastante tranquila, porque estoy absolutamente segura de que, si olvido decir algo importante, Rosa María lo dirá por mí. Después de todo, venimos de tres países completamente distintos, con culturas distintas, políticas distintas y partes del mundo distintas.

Muchos *chatbots* coinciden en que Tolstói escribió en ruso la primera línea de su novela «Anna Karénina»: «Todas las familias felices se parecen; cada familia infeliz lo es a su manera». Quizá Tolstói tenía razón sobre las familias, y todo país feliz es libre y feliz a su manera. Incluso en Europa, la forma de vivir de la gente y la forma en que funciona la política en España, Finlandia, Alemania o Grecia pueden ser muy distintas. Hay muchas formas distintas de construir una sociedad exitosa y moderna, pero solo un camino hacia la dictadura: sin importar las palabras que use ni las promesas que haga al principio, toda dictadura acaba en el mismo lugar, y eso es exactamente lo que vemos en Rusia, en Cuba y en Irán: censura (los dictadores no soportan a aquellos que no están de acuerdo, y mandan a los periodistas a prisión). En Cuba ni siquiera se puede tener conexión a internet en casa, y Rusia e Irán están a la cabeza del ranking mundial del uso de VPN y de sitios web bloqueados o aprobados por el gobierno. Corrupción: todo dictador pronto entiende que tener todo el poder también significa tener oportunidades infinitas de enriquecerse mientras la gente se empobrece, y los dictadores, pobres, se construyen hermosos palacios y viajan a ese mismo Occidente que tanto odian y al que llaman fuente de todo mal.

Y cuando la gente empieza a protestar contra la pobreza y contra la pérdida de sus derechos, los dictadores dan la orden de disparar a su propio pueblo. Terror político: el dictador Putin mató a mi marido, Alekséi. El dictador cubano mató al padre de Rosa María y ha habido varios intentos de matar a Masih. No importa lo terrible que se vuelva una dictadura, siempre hay personas valientes dispuestas a levantarse contra ella, y esas son las personas a las que los dictadores más odian y temen. Podría seguir con esta lista, y estoy segura de que ustedes mismos podrían añadir fácilmente más ejemplos.

Estos países podrían ser felices, libres y exitosos; tienen todo lo que necesitan para ello, pero la dictadura se lo ha quitado todo. La dictadura lo vuelve todo igual de gris: quita todo lo que hace diferente a cada país. En su libro *Autocracia, S.A.*, la conocida escritora política Anne Applebaum explica que los autócratas se copian los métodos unos a otros y también se ayudan entre sí. Podemos verlo muy claramente hoy en la forma en que colaboran los regímenes ruso e iraní. Entonces, ¿qué podemos hacer contra esto? ¿Qué debemos hacer? Mantenernos unidos, trabajar juntos, compartir lo que hemos aprendido, ayudarnos unos a otros. Por eso es tan maravilloso que las tres estemos aquí juntas hoy.

Y una última cosa. En realidad, si le preguntan a los *chatbots* de inteligencia artificial cuál es la cita más famosa de la literatura rusa, no obtendrán una respuesta clara. Algunos modelos dan la frase de Tolstói que usé al principio de mi discurso, pero otros, quizá los más románticos, eligen una frase de una novela de Dostoievski, y esa frase es: «La belleza salvará al mundo». Y creo que este es el momento perfecto para pasar el micrófono a mis amigas Rosa María y Masih, que son una prueba viviente de estas palabras. Gracias.